

dirige tanto a lo material como a los aspectos espirituales de nuestra naturaleza. En la Eucaristía, tenemos los aspectos materiales de la celebración misma de los ritos, además de los materiales particulares del pan y del vino. Dios usa estos elementos materiales como los medios por los cuales Él se nos da a Sí mismo, que es la fuente y la causa de nuestra redención. Bajo la apariencia de alimentar nuestro cuerpo, nuestra alma se alimenta también. Así Lo adoramos en Espíritu y en Verdad.

Jesús: **Verdadera, real y sustancialmente presente**

La Iglesia no sólo habla del sacrificio de la Eucaristía, sino también de la Presencia Eucarística. Después de la celebración de la Eucaristía, la Iglesia afirma: Cristo está “*verdadera, real y sustancialmente*” contenido en cada uno de los elementos, el pan y el vino. La Iglesia afirma además que esta presencia de Cristo sigue existiendo siempre que la apariencia del pan y del vino quede (cf. CIC 1374, 1377). La palabra que la Iglesia ha desarrollado para referirse a esta realidad es “transubstanciación,” una palabra bastante complicada para referirse a una realidad simple pero profunda – la realidad que, si bien la apariencia del pan y del vino no cambia, es la realidad o la sustancia de Jesús que está ante nosotros. Aunque la palabra transubstanciación es nueva (se acuñó a principios del siglo XIII), la doctrina a la que se refiere se remonta a los primeros siglos de la fe cristiana.

Inicialmente, porciones del pan eucarístico se guardaban con el fin de estar disponibles para llevar a los que estaban enfermos o posiblemente estaban en peligro de muerte. Con el paso del tiempo la Iglesia seguía orando y reflexionando sobre la presencia eucarística de Cristo, y se vio que era apropiado y beneficioso que los fieles pasaran tiempo en oración y adoración ante Cristo, presente en lo que llegó a ser llamado “el Santísimo Sacramento.” El poder y el don de esta Presencia no puede ser exagerada. Estar en una capilla o iglesia donde se guarda el Santísimo Sacramento es estar en la presencia de Jesucristo. Aunque la apariencia sea distinta, no nos encontramos en ninguna desventaja a los habitantes de la Palestina del siglo I. Nosotros también podemos estar en la misma habitación con el poder y la realidad de Jesús.

De hecho, alimento

Es por esto y por muchas otras razones que estoy confundido cuando conozco a católicos inactivos que dicen que han dejado la Iglesia porque “no estaban siendo alimentados” o que dicen que desde que se han alejado de la Iglesia tienen una “relación personal con Jesús.” Aunque puedo simpatizar con la aserción de que algunos sacerdotes no son buenos predicadores o que una congregación en particular puede parecer sin vida en la celebración de la Eucaristía, **parece que los**

que se van están descartando el grano proverbial con la paja. Por ejemplo, muchos, incluso los no católicos, han observado que el católico típico que asiste a misa todos los domingos, en el transcurso de dos o tres años va a escuchar más de la Escritura Sagrada que el típico cristiano no católico. La estructura formal del leccionario de la Iglesia, el libro que contiene los pasajes de la Biblia que se leen en la Misa, asegura que la selección de las lecturas no se deja al gusto personal del sacerdote o de la congregación. Muchas congregaciones no católicas no pueden oír ciertos pasajes del Evangelio en sus iglesias porque los pasajes no le interesan a su pastor o son tal vez difíciles de explicar. Por lo tanto, objetivamente los católicos se alimentan más de la Sagrada Escritura.

Y al hablar de ser “alimentado”: ¿dónde puedo realmente ser alimentado con el Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Jesucristo, además de en la Eucaristía? Me parece un muy mal trueque, ir en pos de un mejor predicador o una comunidad más amigable y, en el proceso, perder acceso a la comunión directa con Jesucristo. ¿Es posible tener una relación más personal con Jesús que ser unido a Él en la Santa Comunión? Tal vez San Agustín capta la verdad mejor cuando dice que normalmente cuando comemos, la comida se convierte en nosotros, pero cuando consumimos la Eucaristía, nos convertimos en Él.

Conclusión

Les invito a todos los que estén leyendo esto—los no creyentes, los protestantes, los católicos practicantes e inactivos--a reexaminar las enseñanzas de la Iglesia Católica sobre la Eucaristía y a juntarse con nosotros, en profunda unión con Jesús, para adorar al Padre en Espíritu y en Verdad.

Escrito por:

Matthew Hill, STB, de la Universidad de Santo Tomás de Aquino (Angelicum) en Roma, Italia

Versión bíblica:

El Libro Del Pueblo De Dios

Para saber más:
stpaulse.com/ibelieve
streetevangelization.com

La misa y la Eucaristía

la adoración verdadera



St. Paul
Street Evangelization

Introducción

La Eucaristía, la Misa, La Cena del Señor, La Fracción del Pan, la Divina Liturgia. Cualquier cosa que haya sido llamado a través de la historia, “el reparto del pan y del vino” siempre ha sido para casi todos los cristianos una celebración importante de la fe cristiana. Para la mayoría de los que están fuera del redil católico, esta participación es entendida como simbólica de un compartimento inefable en la vida y obra de Jesús, nada más; algunos aun han abandonado el vino por jugo de uva. Podemos citar a un revolucionario inglés anti-católico del siglo XVI, que dijo que para los católicos, “Es la misa lo que importa.” (“It is the Mass that matters.”) El Concilio Vaticano II, que se reunió a principios de los 1960, llamó a la Eucaristía “fuente y cumbre” de la fe cristiana. ¿Qué es la Eucaristía y por qué importa tanto?

La Verdadera Adoración

El profeta Malaquías profetizó una vez: “Pero desde la salida del sol hasta su ocaso, mi Nombre es grande entre las naciones y en todo lugar se presenta a mi Nombre un sacrificio de incienso y una ofrenda pura” (Mal. 1:11). Después Jesucristo añadirá que “la hora se acerca, y ya ha llegado, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad” (Juan 4:23). Todos los cristianos, especialmente los católicos, reconocen que el sacrificio de Jesús en la cruz fue el sacrificio final y perfecto de la expiación, que ningún otro sacrificio es o va a ser necesario. Este es definitivo, de una vez por todas. Sin embargo Malaquías habla de un tiempo futuro cuando el sacrificio se ofrecerá no sólo en Jerusalén, sino “en todo lugar”, y que este sacrificio no será manchado por el pecado, como han sido todos los sacrificios ofrecidos por los hombres, sino que será impecable, una “ofrenda pura.” Jesús promete que los creyentes adorarán al Padre “en espíritu y en verdad,” que los sacrificios del Templo serán reemplazados por la Adoración Verdadera.

Es en el contexto de estas dos pasajes de la Sagrada Escritura que la comprensión católica de la Eucaristía, de la Misa, debe ser entendida. Los cristianos no católicos suelen interpretar que el sacrificio de una vez y por todas de Jesucristo en la Cruz significa que ya no ofrecemos el sacrificio. Los católicos entienden que este mismo sacrificio de una vez por todas significa que nos ha sido dotado un nuevo Sacrificio en el cual participar. En la Última Cena, Jesús tomó pan y lo identificó con Su Cuerpo. Tomó vino y lo identificó con Su Sangre. Concluyó con una instrucción a los doce apóstoles: “Hagan esto en memoria mía” (Luc 22,19). Los católicos han seguido esta instrucción muy en serio y, desde el tiempo de los apóstoles, han ofrecido la Eucaristía al menos todos los domingos y, a menudo, con más frecuencia que eso. En el Occidente, esto es característico del catolicismo. Aunque todavía es posible encontrar una

Eucaristía dominical semanal entre los grupos cristianos no católicos de mayor edad (por ejemplo los episcopales y los luteranos), es mucho más común celebrar la “Cena del Señor” como un evento mensual o aun trimestral entre las comunidades al estilo evangélico.

Más que un mero símbolo

En la Última Cena, Jesús ofrece Su Cuerpo y Sangre por nuestra salvación. Hace esto en el contexto del ritual de la Pascua del pueblo judío. Por supuesto, menos de veinte y cuatro horas después, Jesucristo literalmente derramará Su Sangre y ofrecerá Su Cuerpo para nuestra salvación. Él les dice a los Doce que sigan ofreciendo Su Cuerpo y Sangre en memoria de Él. San Pablo se lo toma tan en serio este mandato que le dice a la Iglesia de Corinto que si comen y beben la Eucaristía indignamente se harán culpables de la muerte del Señor (1 Cor 11,27). Esto es muy extraño. Si nosotros, por ejemplo, decimos que vamos a quemar a un hombre en efígie, en realidad no somos culpables de su muerte. Pero San Pablo dice que seríamos culpables de la muerte de Jesús. Debe haber algo más aquí que simplemente un símbolo o una metáfora.

La Iglesia Católica siempre se lo ha tomado en serio a Jesús, incluso literalmente, cuando llamó el pan Su Cuerpo y el vino Su Sangre. En Juan 6, el Señor les dice a Sus seguidores sin rodeos: “Les aseguro que si no comen la carne del Hijo del hombre y no beben su sangre, no tendrán Vida en ustedes” (v. 53). Y, aún más, “Mi carne es la verdadera comida y mi sangre, la verdadera bebida” (v. 55). Nos damos cuenta de que cuando muchos de Sus seguidores comienzan a abandonarlo porque “es duro este lenguaje” (v. 60), Jesús no suaviza Su enseñanza y no dice que quiso decir esto simbólica o metafóricamente. Más bien, Él gira en dirección de los doce apóstoles y les pregunta si ellos también Lo abandonarán. Jesucristo parece respaldar Sus palabras y expresar la disponibilidad de empezar otra vez desde cero, si es necesario, en lugar de alterar esta enseñanza (cf. vv. 66-67).

Algunos observadores no católicos han tratado de mostrar que Juan 6 debe entenderse simbólicamente por citar el versículo 63, que dice: “El Espíritu es el que da Vida, la carne de nada sirve.” Si esto significa que el discurso anterior de Jesús acerca de comer Su cuerpo debe ser interpretado simbólicamente, entonces qué sentido tiene el hecho de que muchos de sus discípulos le abandonan en este momento? Es más de acuerdo con el tono de Juan 6 entender el versículo 63 como una instrucción a aplicar la comprensión de la fe y no algún tipo de comprensión literal, como si fuéramos a

participar en una especie de canibalismo. Por supuesto, la ironía es que en los primeros siglos de la Iglesia, los cristianos fueron tan seguros y firmes sobre el hecho de que en realidad estaban comiendo y bebiendo el Cuerpo y la Sangre del Señor, que a menudo sus vecinos paganos romanos creían que eran caníbales.

El único sacrificio de Cristo re-presentado

¿Cuál es la enseñanza de la Iglesia Católica sobre la Eucaristía? En el Catecismo de la Iglesia Católica (CIC), se declara: “La Eucaristía es, pues, un sacrificio porque representa (= hace presente) el sacrificio de la cruz.... El sacrificio de Cristo y el sacrificio de la Eucaristía son, pues, un único sacrificio ... “[E]n este divino sacrificio que se realiza en la misa, se contiene e inmolando incruentamente el mismo Cristo que en el altar de la cruz ‘se ofreció a sí mismo una vez de modo cruento’” (CIC 1366 a 1367, cursivas y paréntesis en el texto original). Esta palabra **representa** es importante porque tiene que ser entendida en su sentido original, es decir, “se hace presente de nuevo.” Por lo tanto, en la Misa, Jesús no vuelve a ser crucificado ni creen los católicos que Él sea sacrificado de nuevo, sino creen que en la misa, el sacrificio “de una vez por todas” de la Cruz se le hace presente al creyente moderno.

Debo notar dos puntos aquí. En primer lugar, considere la naturaleza eterna de Dios, no en el sentido de que Dios ha existido desde hace miles de millones de años (y de hecho, siempre ha existido), sino más bien en el sentido de que el tiempo no existe para Dios. Dios existe en un “ahora” perpetuo. Por lo tanto, cualquier momento de la historia humana, incluso la Crucifixión, Muerte y Resurrección de Jesús, es un ahora para Dios. Por lo tanto, la Eucaristía nos pone en relación directa con el sacrificio de la cruz al conectarnos con el ahora eterno de Dios.

Segundo, la celebración regular de la Eucaristía y de los otros sacramentos responde a una pregunta importante acerca de nuestra salvación. Sí, Jesús murió y resucitó, y así nos ha conseguido la gracia de la salvación y la santificación, pero la pregunta sigue: ¿cómo se me aplica esta gracia a mí, un creyente que vive cerca de dos mil años después de los hechos históricos? Si alguien fuera a descubrir la cura del cáncer al otro lado del mundo, no sería suficiente decir que el cáncer se hubiera sido curado. Un individuo que sufre de cáncer debe tomar personalmente la dosis recomendada para su cura. Jesús ha ganado nuestra redención, pero cada uno debe tomar por sí mismo el medicamento que obra la cura. ¿Cómo lo hacemos? Esto lo hacemos de una manera que está en consonancia con la naturaleza humana. Como seres humanos somos cuerpo y alma; nuestro ser tiene un componente material y otro espiritual. Dios, en Su sabiduría, proporciona un medicamento que se

